

El Movimiento Globalización: Algunos puntos de clarificación

David Graeber*

Se ha escrito una gran cantidad de basura sobre el así llamado movimiento anti-globalización – particularmente sobre el espectro más radical de acción directa – y muy poco de esto ha sido sobre elaborado por alguien que haya pasado algún tiempo dentro. Como comentó Pierre Bourdieu recientemente, la negligencia del movimiento por parte de los académicos norteamericanos es escandalosa. Los académicos, quienes durante años publicaron ensayos que se escucharon como si fueron textos de posicionamiento para los grandes movimientos sociales y que no existen en el mundo real, parecen paralizados por la confusión, o lo que es peor, tienen un menosprecio magnánimo, ya que verdaderos movimientos sí están emergiendo por todos lados. Como un participante activo en el movimiento y también un antropólogo, quiero proveer un fondo amplio para aquellos intelectuales quienes tal vez están interesados en asumir algunas de sus responsabilidades históricas. La intención de este ensayo es clarificar algunos conceptos erróneos.

El término movimiento “anti-globalización” fue hecho por los medios corporativos, y la gente dentro del movimiento, sobre todo de lado de organizaciones distintas a ONG y de la acción directa nunca se han sentido cómodos con ello. Esencialmente, este es un movimiento anti-neoliberal y a favor de nuevas formas de democracia global. Desafortunadamente, esta expresión casi carece de sentido en los Estados Unidos, ya que los medios insisten en enmarcar estos temas exclusivamente en términos propagandísticos (“libre comercio”, “libre mercado”), y el término neoliberalismo no es de uso general. Como resultado, en las reuniones, muchas veces se escucha como se mezclan los términos “movimiento globalización” y movimiento “anti-globalización”.

De hecho, si uno entiende que la globalización significa que se borran las fronteras y el libre movimiento de la gente, bienes e ideas, entonces está más o menos claro que el movimiento no sólo es un producto de la globalización, sino que la mayoría de los grupos involucrados en ello – sobre todo los más radicales – de hecho apoyan más a la globalización que los partidarios del Fondo Monetario

* En: ITEMS & Issues, “Conflicts over Globalization: Symposium on Globalization”. Social Science Research Council. Winter 2001, Vol. 2 No. 3-4.
http://www.ssrc.org/programs/publications_editors/publications/items/ItemsWinerter20012.3-4.pdf

Internacional o la Organización Mundial de Comercio. Los verdaderos orígenes del movimiento, por ejemplo, residen en una red internacional llamada Acción Global de los Pueblos (AGP).

AGP emergió de un encuentro zapatista en 1998 en Barcelona, y sus miembros fundadores incluyen no sólo grupos anarquistas de España, Inglaterra y Alemania, sino también una liga socialista campesina gandhiana de la India, el sindicato de maestros de Argentina, grupos indígenas como los Maori de Nueva Zelanda y los Kuna de Ecuador, el movimiento sin tierra de Brasil y una red compuesta por comunidades fundada por cimarrones de Centro y Sur América. Norte América fue durante mucho tiempo una de las pocas regiones que apenas tenía representación (con la excepción del sindicato Canadian Postal Workers Union, el cual actuó con el centro de comunicaciones de la AGP hasta que fue reemplazado en gran parte por el internet). Fue la AGP la que hizo los primeros llamados para los días de acción como J18 y N30—el último, el llamado original para acción directa en contra de las reuniones de la OMC en Seattle.

El internacionalismo también está reflejado en las exigencias del movimiento. Aquí, sólo se necesita ver los tres grandes ejes de la plataforma del grupo italiano Ya Basta! (apropiados sin reconocimiento por Michael Hardt y Tony Negri en su libro *Empire*): un “sueldo mínimo” universalmente garantizado, un principio de ciudadanía global que garantizaría el libre movimiento de personas entre las fronteras y un principio de libre acceso a la nueva tecnología – que en la práctica significaría límites extremos a los derechos de patentes (en sí mismos una forma bastante insidiosa de proteccionismo). Cada vez más, los manifestantes han tratado de llamar la atención sobre el hecho que la visión neoliberal de la “globalización” es básicamente limitada al flujo libre de bienes, y en realidad incrementa las barreras al flujo de personas, información e ideas.

Como hemos [¿?] señalado muchas veces, el tamaño de la guardia fronteriza de los Estados Unidos de hecho casi se ha triplicado desde la firma del acuerdo de NAFTA. Esto no es tan sorprendente, pues si no fuera posible efectivamente encarcelar a la mayoría de las personas en el mundo de enclaves empobrecidos, donde aún las garantías sociales existentes podrían ser gradualmente eliminadas, no habría aliciente para compañías como Nike o The Gap para mover su producción a estos enclaves en primera instancia. Las protestas en Génova, por ejemplo, fueron iniciadas por una marcha de 50.000 personas,

exigiendo la libre migración dentro y fuera de Europa – un hecho que fue prácticamente ignorado por la prensa internacional, quienes al día siguiente publicaron las expresiones de George Bush y Tony Blair de que los manifestantes reclamaban una “fortaleza europea.”

En un contraste notable con las formas anteriores del internacionalismo, sin embargo, este movimiento no ha abogado simplemente por la exportación de los modelos organizativos occidentales al resto del mundo; si algo ha pasado, es que el flujo ha sido al revés. La mayoría de las técnicas del movimiento (proceso de consenso, consejos de portavoces, aún la desobediencia civil no-violenta y masiva en sí misma) fueron desarrolladas en el Sur global. A largo plazo, esto podría resultar en la novedad más radical del movimiento.

Desde Seattle, la prensa internacional ha desacreditado interminablemente la supuesta violencia de la acción directa. Los medios estadounidenses invocan este término de manera más insistente, a pesar del hecho de que después de dos años de un incremento en las protestas militantes en los Estados Unidos, aún es imposible encontrar un solo ejemplo de alguien físicamente lastimado por un manifestante. Yo diría que lo que realmente perturba al poder es que no saben cómo enfrentar un movimiento abiertamente revolucionario que se niega a caer en los patrones conocidos de la resistencia armada.

Aquí, muchas veces existe un esfuerzo bastante consciente de destruir paradigmas existentes. Cuando una vez parecía que las únicas alternativas para marchar con pancartas eran o la desobediencia civil no-violenta gandhiana o directamente la insurrección, los grupos como Direct Action Network, Reclaim the Streets, Black Blocs o Ya Basta! han tratado, cada quien a su manera, de diseñar un territorio completamente nuevo en medio. Están tratando de inventar lo que podríamos llamar un “nuevo lenguaje” de protesta, combinando elementos de lo que de otra forma podría considerarse como teatro callejero, festivales y lo que solamente podemos denominar guerra no-violenta (no-violenta en el sentido adoptado, por ejemplo, por los anarquistas del Bloque Negro, de evitar cualquier daño físico directo a los seres humanos).

Ya Basta!, por ejemplo, es famoso por sus *tuti bianci*, u overalls blancos: formas elaboradas de protección, desde armadura de espuma, cámaras de neumáticos, aparatos de flotación, cáscaras y sus famosas sobreropas anti-

químicas. Mientras este ejército no-violento abre paso por las barricadas, protegiéndose en contra de heridos y detenciones, los trajes ridículos parecen reducir a los seres humanos a caricaturas – torpes pero casi imposibles de lastimar. (Se incrementa el efecto cuando las líneas de figuras disfrazadas atacan a la policía con globos y pistolas de agua, o paños.) Aún los más militantes – digamos los eco-saboteadores como el Frente de Liberación de la Tierra –actúan de manera escrupulosa evitando cualquier cosa que podría provocar daño a los seres humanos (o animales). Es este revuelto de las categorías convencionales el que despoja a las fuerzas de orden y les crea una desesperación por volver las cosas a un territorio conocido (la violencia simple): aún hasta el punto, como en Génova, de incitar a los matones fascistas a provocar caos, con el fin de tener una excusa para el uso de la fuerza aplastante.

En realidad, los zapatistas, quienes inspiraron gran parte del movimiento, podrían ser considerados como precedente en este caso también. Son el “ejército” menos violento que uno se puede imaginar (es casi un secreto abierto que por lo menos durante los últimos cinco años ni siquiera portan armas verdaderas). Estas nuevas tácticas están totalmente de acuerdo con la inspiración general anarquista del movimiento, la cual se trata menos de tomar el poder del Estado que desenmascarar, deslegitimar y dismantelar los mecanismos de gobierno mientras ganan cada vez más y más autonomía frente al poder. No obstante, el aspecto crítico es que todo esto sólo es posible dentro de una atmósfera de paz. De hecho, me parece que estas son las últimas apuestas en la lucha en este momento: un momento que muy bien podría determinar la dirección global del Siglo XXI.

Ahora, es difícil recordar que (como lo hace Eric Hobsbawm) durante finales del Siglo XIX, el anarquismo fue el núcleo de la izquierda revolucionaria – esto se dio en un tiempo en que la mayoría de los partidos marxistas se convirtieron rápidamente en social demócratas reformistas. Esta situación sólo cambió con la Primera Guerra Mundial y, por supuesto, la Revolución Rusa. Fue el éxito del último, nos dicen normalmente, que llevó al descenso del anarquismo y catapultó al comunismo adelante en todas partes. Pero, a mi parecer, lo podríamos ver de otra manera. A finales del Siglo XIX, la gente realmente creía que la guerra entre los poderes industrializados se había convertido en arcaica; las aventuras coloniales fueron una constante, pero una guerra entre Francia e Inglaterra en territorio francés o inglés parecía tan inimaginable como hoy en día. Hasta 1900, incluso la idea de pasaportes parecía como una barbarie de la antigüedad.

El Siglo XX (el cual parece haber comenzado en 1914 y terminado alrededor de 1989 o 1991) fue, en cambio, el más violento en la historia humana. Fue un siglo casi totalmente preocupado en las guerras mundiales o en sus preparaciones. Poco sorprendente entonces, que mientras la última medida de efectividad política volvía a ser la habilidad de crear y mantener inmensas máquinas mecanizadas de matanza, el anarquismo rápidamente apareció como irrelevante. Esto, al final, fue una de las cosas que los anarquistas, por definición, nunca podrían hacer bien. Tampoco sorprende mucho que el marxismo (cuyos partidos bajo una estructura de comando, y para quienes la organización de inmensas máquinas mecanizadas de matanza muchas veces resultaron ser una de las pocas cosas que hacían bien), pareciera eminentemente práctico y realista en comparación con el anarquismo. Y, ¿será pura coincidencia que en el momento que terminó la Guerra Fría y la guerra entre los poderes industrializados volvió a aparecer, de nuevo, inimaginable, el anarquismo volvió a la posición que había ocupado a finales del Siglo XIX, como un movimiento internacional en el mero centro de la izquierda revolucionaria?

Si así es, entonces está más claro lo que son las últimas apuestas de la actual movilización anti-terrorista. En el corto plazo, las cosas se ven espantosas para un movimiento que los gobiernos denominaron terroristas de manera desesperada aún antes del 11 de septiembre. Cabe pocas dudas de que mucha gente buena sufrirá una represión terrible. Pero a largo plazo, un retorno a los niveles de violencia del Siglo XX es casi imposible. El despliegue de armas nucleares asegurará por sí solo que porciones más y más extensas de la tierra estarán fuera de los límites de la guerra convencional. Y si la guerra es la salud del Estado, entonces las perspectivas para un estilo anarquista de organización sólo pueden mejorarse.

No me acuerdo cuántos artículos he leído en la prensa de izquierda, afirmando que el movimiento globalización, a pesar de ser tácticamente brillante, carece de un tema central o de una ideología coherente. Estas quejas parecen ser la equivalencia izquierdista de las declaraciones incesantes de la prensa corporativa de que este es un movimiento compuesto por niños tontos que conllevan un montón de causas no relacionadas. Aún peores son las declaraciones – que uno encuentra de manera impresionante y frecuente en los trabajos de teóricos sociales de la academia quienes deben saber mejor, como Hardt y Negri, o Slavoj Žižek – que el

movimiento está plagado por una oposición genérica, enraizada en el individualismo burgués, a toda forma de estructura u organización.

Es preocupante que, dos años después de Seattle, yo tuviera que escribir esto, pero obviamente alguien lo tiene que hacer: especialmente en Norte América, este es un movimiento que busca reinventar la democracia. No está opuesto a la organización; se trata de crear nuevas formas de organización. No carece de ideología; aquellas nuevas formas de organización son su ideología. Se trata de un movimiento que busca crear e implementar redes horizontales en lugar de estructuras verticales (especialmente el estilo estatal, corporativista o partidario), redes basadas en los principios de la democracia de consenso descentralizada y no jerárquica.

En particular, durante los últimos diez años, activistas en Norte América han puesto una energía creativa enorme en reinventar los procesos internos de sus propios grupos, para crear un modelo viable de lo que es la democracia directa funcional, particularmente, como he dicho, tomando notas de los ejemplos de afuera de la tradición occidental. El resultado es una miríada creciente de formas organizativas e instrumentos – grupos de afinidad, consejos de portavoces, herramientas de facilitación, *break-outs*, *fishbowls*, *blocking concerns*, *vibes-watchers*, etc.—todos con la intención de crear nuevas formas de proceso democrático que permiten que las iniciativas se levanten desde abajo y obtengan una efectividad máxima de solidaridad sin sofocar a las voces disidentes, crear posiciones de dirigencia o forzar a la gente hacer cualquier cosa que no hayan decidido hacer libremente. Definitivamente es una obra bajo construcción, y la creación de una cultura de democracia entre gente que tiene poca experiencia en estos empeños es, necesariamente, un asunto doloroso y desigual, pero – como puede afirmar casi cualquier jefe de policía que ha tenido que enfrentar los manifestantes en la calle – la democracia directa de este estilo puede ser extraordinariamente exitosa.

Aquí, quiero enfatizar la relación de la teoría con la práctica que ocasiona este modelo organizativo. Tal vez la mejor manera es comenzar a pensar en grupos como la Direct Action Network (con la cual he estado trabajando durante los últimos dos años) y verlos como diametralmente opuestos al tipo de grupos marxistas sectarios que han caracterizado la izquierda revolucionaria durante tanto tiempo. Mientras los últimos enfatizan lograr un análisis teórico correcto y completo, exigen

la uniformidad ideológica y yuxtaponen la visión de un futuro igualitario con formas extremadamente autoritarias de organización en el presente, DAN busca abiertamente la diversidad: su consigna bien podría ser: “si estás dispuesto a actuar como un anarquista en el presente, tu visión a largo plazo básicamente es tu asunto.” Su ideología, por lo tanto, es inmanente en los principios anti-autoritarios que sustentan su práctica, y uno de sus principios explícitos es que las cosas deben quedarse así.

De hecho, hay algo muy nuevo aquí, algo potencial y sumamente importante. El proceso de consenso – en donde una de las reglas básicas es que uno siempre trata a los argumentos del otro como fundamentalmente razonables y basados en principios, no importa qué opinamos de quién lo exponga – en particular, crea un estilo muy diferente de debate y argumentación que el tipo promovido por la votación mayoritaria, uno en donde todas las iniciativas son dirigidas hacia mayores compromisos y a la síntesis creativa y no a la polarización, la reducción y el manejo de pequeñas diferencias como grandes rupturas filosóficas. Casi no tengo que señalar cómo nuestros modos de discurso académico se parecen al último – o tal vez aún más, posiblemente, al tipo de pensamiento sectario que conlleva a divisiones interminables y fragmentación, lo cual la “nueva nueva izquierda” (como a veces la denominan) ha logrado evitar casi completamente. Parece que de muchas formas los activistas están muy adelantados a los teóricos en este sentido, y que el problema más desafiante para nosotros será la creación de formas de práctica intelectual más en concordancia con estas nuevas formas emergentes de práctica democrática, en lugar de la lógica sectaria fastidiosa que estos grupos han logrado dejar de lado.

David Graeber es un profesor asistente de antropología en la Universidad de Yale, y en la actualidad trabaja con Direct Action Network, Acción Global de los Pueblos y Ya Basta!